

ARTÍCULO PUBLICADO EN DIARIO DE MALLORCA EL 25 DE ENERO DE 1981

ANDRÉS FERRET

El primer alcalde democrático

RAMÓN AGUILÓ HA COBRADO CONFIANZA EN SÍ MISMO, VISIÓN GLOBAL DE LOS PROBLEMAS MUNICIPALES Y QUE SE HA GANADO AL MENOS EL RESPETO DE CUANTOS NO IGNORAN LA COMPLEJIDAD DE LOS PROBLEMAS HEREDADOS Y DE LAS NUEVAS SITUACIONES QUE DEBE AFRONTAR UN PRIMER ALCALDE DEMOCRÁTICO EN PRECARIA MAYORÍA

no m'ho pensava mai..." Así resumía sus impresiones Ramón Aguiló Munar (palmesano, 31 años en febrero) aquella noche del 3 al 4 de abril de 1979 en que unas urnas sorprendentes le convirtieron en el primer alcalde democrático de Ciutat tras los consabidos cuarenta años. En su sinceridad y desconcertada euforia podían intuirse algunas de las ingenuidades y novatadas con que el joven socialista iba a tener que rendir culto ante el altar de una opinión pública más propensa al desencanto apolítico que a la comprensión cívica. Sin embargo, y a pesar del rostro cerúleo y de la aparente fragilidad de su persona, también podían adivinarse, aquellos momentos que culminaban una meteórica carrera política desde su afiliación al PSOE en 1974, la tenacidad y la entrega que le han hecho ganar puntos y prestigio incluso entre sus adversarios al ir sorteando las dificultades y zancadillas propias de su cargo.

RESISTIR A LA DEMAGOGIA

Quizás el secreto del aún precario balance de este bienio radique en que "no ha tratado de hacer una política electoralista", pensando en éxitos fá-

en parte, porque la legislación es confusa"), con una burocracia municipal en trance de *rementalización*, y con esas necesarias Asociaciones de Vecinos que no saben cómo transitar de la democracia representativa a esas formas de democracia directa ("faltan cauces" dice el alcalde) por institucionalizar. Esas fricciones, al igual que sus relaciones no siempre diáfanas con las instituciones preautonómicas en que UCD tiene mayoría, han ido atenuándose y mejorando por una voluntad general de arreglar lo que a todos atañe: el bienestar de Palma.

REDUCIR DEUDAS

Ese es el objetivo primordial que se ha fijado nuestro primer ciudadano. Una de sus mayores satisfacciones estriba en un asunto poco brillante y escasamente aireado: el progresivo saneamiento de las finanzas municipales y la reducción de las deudas que afligen a la mayoría de las haciendas locales. Frente a opiniones de izquierda que le reprochan excesivo énfasis en esta cuestión capital y le incitan a un tentador y rentable aumento del gasto público, un responsable Aguiló contesta, imperturbable, que no quiere dejar a Ciutat "entrampada".

Esta faceta honesta y suprapartidista del personaje desarma a un tanto. En Aguiló, en su cándida defensa de la política como una pedagogía

que vaya enseñando al pueblo para que consiga gobernarse plenamente a sí mismo, laten aquel afán educativo del socialismo original y la comprensión de que la democracia ni se regala ni es un sistema sencillo que actúa como fácil panacea. Al revés, Aguiló sabe muy bien que nuestra democracia naciente está en peligro constante de involución, que faltan proyectos de futuro capaces de entusiasmar a un pueblo desinformado, y que urge trabajar por una "doble identificación" de españoles y mallorquines con las instituciones democráticas y autonómicas.

"QUIZÁS DEMASIADO JOVEN"

Asuntos tan importantes como esta necesidad de pedagogía colectiva los tiene muy claros este primer ciudadano que confiesa que "quizás llegó demasiado joven a la política" y que no aspira a eternizarse en ese sillón de Cort que le roba vida privada e intimidad. De igual forma, también exhibe Aguiló claridad mental a la hora de enfocar el asunto de la lengua catalana, de esgrimir la urgencia de crear mancomunidades de servicios entre municipios vecinos (y aquí se duele del atasco de la prevista para aguas, basura y transporte entre los de la bahía), de plasmar la fórmula de la proporcionalidad a la hora de elegir el sistema de enviar representantes a una asamblea legislativa que no puede ignorar el peso específico de Palma en la política del archipiélago. En síntesis, puede decirse que, tras un insólito "aterri-

zaje" en Cort, Ramón Aguiló ha cobrado confianza en sí mismo, visión global de los problemas municipales y que se ha ganado al menos el respeto de cuantos no ignoran la complejidad de los problemas heredados y de las nuevas situaciones que debe afrontar un primer alcalde democrático en precaria mayoría.

En su despacho oficial, entre retratos de borbones adustos y cuadros de tema religioso que observan con cierta perplejidad al joven político socialista, he hablado de estos temas con quien inicia esta sección de "retratos de simpatía" (parafraseando a Ortega) que sólo tratan de contrapesar el regodeo ambiente en torno a desencantos y críticas sistemáticas para profundizar en la humanidad de nuestros hombres públicos. El poco maquiavélico Ramón Aguiló, buen lector y cinéfilo en los raros paréntesis de muy apretadas jornadas de trabajo quizá merezca como comentario final el relato de una anécdota que protagonizó al cruzarse hace meses, por las calles de Palma con Andreu Crespí, el veterano socialista, una persona que, como a demasiados, no se le ha hecho justicia, le miró a los ojos y le abrazó sin pronunciar una sola palabra. Bastaba el gesto.



ciles y en contentar a la galería de cara a 1983. Aguiló ha tratado de limar aristas ideológicas y de resistir a la demagogia, abordando los problemas del municipio y del hombre de la calle. En este sentido, sus prioridades son claras: saneamiento económico, limpieza de una Ciutat deficiente, Parque del Mar, mejora en lo posible de la escolaridad, preocupación por una circulación conflictiva que todavía reconoce "pendiente" de solución satisfactoria, revisión del plan general de urbanismo, centros básicos de salud, automatización municipal y, *last but not least*, el enfoque definitivo del saneamiento de las aguas de nuestra bahía. Estas cuestiones —unas en fase de proyecto, otras en vía de realización— acreditan una aproximación real a la sensibilidad del ciudadano de a pie aunque le hayan valido críticas a diestra y siniestra.

Su obsesión gestora le ha creado, por ello, bastantes antipatías. no me refiero, naturalmente, a esas atávicas y vergonzantes que ensucian las paredes de Ciutat ("a alcalde judío, de población nazi") y a las que Ramón Aguiló no concede importancia alguna. Más graves han sido su roces con algunas delegaciones ministeriales ("surgen conflictos de competencias,